

LOS SUCECOS

Subscripción en toda España, 5 pesetas
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse
se al Apartado de Correos 347.

LA VIDA EN BROMA

Habrán ustedes observado, si leen la Prensa diaria, que entre las cupletistas y tonadilleras de ha desarrollado una verdadero epidemia de amor hacia los toreros.

¡Y qué ganas de casarse tienen todas las tonadilleras, Dios divino!... ¡Qué afán por pescar un matador de cartel en plena apoteosis!...

Los periódicos, que por lo regular no gustan de quitar ilusiones a las mujeres guapas, alimentan esa afición, dándonos con frecuencia cuenta de las bodas de tonadilleras y toreros en proyecto, con toda clase de detalles y con los consabidos retratos de los "interfectos".

Pero luego vienen las aclaraciones y rectificaciones, y todo queda reducido a un lío... ¡A un lío de los periódicos!

Lío que se aclara luego con unas explicaciones como éstas:

"Es completamente falso cuanto se ha dicho del cacareado matrimonio entre la "Traguitos" y el famoso matador "Garnacha".

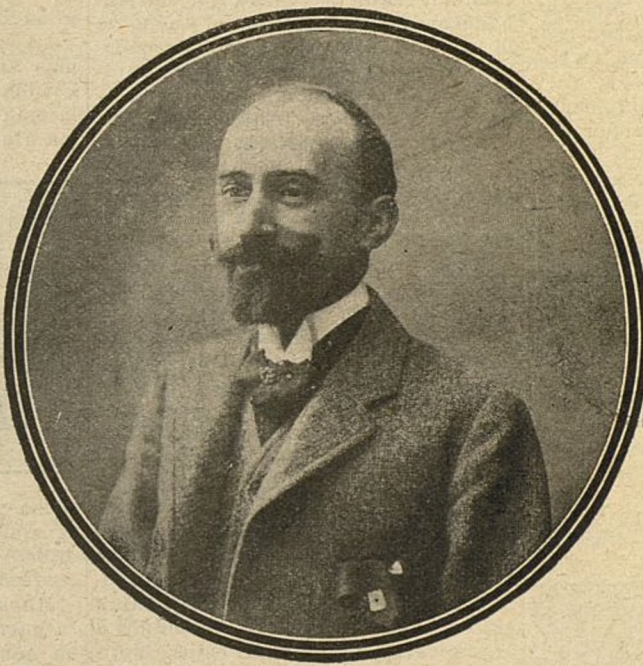
Entre ambos no media más que una buena amistad, que arranca de unos cuplés que el célebre torero oyó a la primera, en una casa de huéspedes donde aquella estuvo de cocinera.



F. STEVANILO

Esta amistad quedó interrumpida entonces, porque el "Garnacha" se dedicó de lleno a los toros, hasta sufrir cien cogidas por minuto, sin soñar que andando el tiempo se pudieran encontrar en el "foyer" de un "Musi-hall" ella y él con varios amigos que observaron que entre ambos había corrientes de simpatía y... poca distancia.

Esto, y tres suspiros que a ella se le escaparon aquella noche, uno tras



El insigne literato D. Jacinto Benavente, que acaba de ser elegido académico de la lengua.

otro, dió origen al rumor de la boda, que ha quedado desmentido, porque bien claro lo dijo el "Garnacha" a un compañero nuestro que le visitó expresamente:

—El torero no debe pensar más que en matar toros. Y casándose, tiene que pensar también en matar a su suegra.

Nosotros quisimos insistir, por si aquello era una salida en falso ó un párrafo copiado de una obra de Arniches. Pero él trató de escurrir el bulto, diciendo:

—¡Las mujeres son miuras!
—¿Y qué?—añadimos nosotros halagando su amor propio—. No le da a usted lo mismo despachar, un miura que un saltillo?...

—Cuando el miura es con falda, no. ¡Eso que los mate el "Gallo"!

—¿El mayor ó el menor?
—Me refiero al "Gallo" que lo soluciona "too".

—Pero lo que no me negará usted es una cosa.

—¿Cuala?

—¡Que ella se muere por sus pedazos!

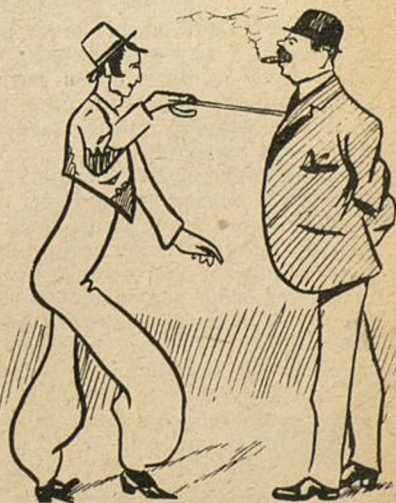
El "Garnacha" sonrió, como diciendo: "¡Son tantas las que se disputan estos pedazos!"... Y en vista de que nuestra misión en la casa había terminado, nos despedimos de él y de su mozo de estoques, que estaba presente, y que es el primero en quitarle de la cabeza eso de la boda, porque dice que es la mayor desventura que le puede ocurrir a un hombre.

De lo cual resulta que la boda, por ahora, no se celebrará, digan lo que digan los periódicos casamenteros, porque existe un gran obstáculo entre los novios. Y ese obstáculo es el mozo de estoques que tiene declarada la guerra a las mujeres, empezando por la suya, que "es de abrigo".

A esto quedan reducidas esas bodas que tanto se cacarean: a una "interview", para entretener al lector, que se aburriría si no le dieran más que el cupón con regalo, y a varias contratas de la tonadillera, que con este motivo, exige a los empresarios dos duros más.

Cuando vuelvan ustedes a leer que tal ó cual torero se casa con una tonadillera, ríanse ustedes. Todo es jorjano.

F. ROIG BATALLER



F. STEVANILO

La herencia de las buenas formas.

No nos referimos á las formas físicas, sino á los modales llamados finos en la buena sociedad.



El origen de las buenas formas, de las formas corteses, es curioso y aun difícil en muchos casos.

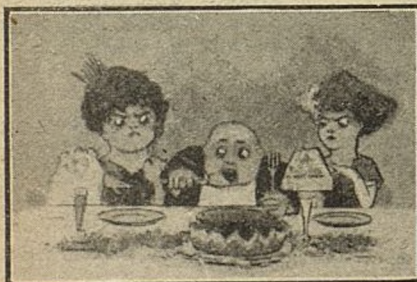
Sin embargo, esas pequeñas cosas, que nada cuestan, hemos de emplearlas en la vida, so pena de pasar por descorteses y groseros.

El comer con el cuchillo, es considerado como un crimen social; y, sin embargo, es difícil saber el por qué un hombre es tachado de grosero si come con el cuchillo, y el comer con el tenedor es lo corriente.

El sombrero ligeramente inclinado á un lado, es elegante; y, sin embargo, la lógica nos dice que debiera ir bien puesto, sin inclinación alguna.

Es difícil encontrar la relación que tiene el ángulo que haga el sombrero en la cabeza y la cultura social del portador.

Desde luego que las buenas formas están basadas en el efecto ó en las



conveniencias que puedan tener para un tercero; y hay que confesar que somos esclavos de muchas ceremonias heredadas de los tiempos bárbaros ó de los que nuestra moderna civilización tacha de tales.

La costumbre de descubrirse al saludar á una señora, por ejemplo, viene de la época en que se usaba casco. Los caballeros al entrar en presencia de un público numeroso ó al encontrarse con otras personas, conservaban la visera bajada cubriéndoles el rostro, pero cuando se hallaban en presencia de una dama, levantaban la visera y dejaban la cara al descubierto, como señal de cortesía é indicando que la mujer no era ni podía ser su enemigo y que podía verle.

Las armaduras desaparecieron, pero los cascos y morriones siguieron

usándose y la costumbre de quitarse el casco en presencia de una dama persistió y aunque la costumbre de hablar á las señoras descubiertas se va perdiendo, pocos son los que no se lo quitan al empezar y terminar la conversación.

La costumbre de llevar del brazo á las señoras en los banquetes y fiestas data de la época en la que en los festines el anfitrión señalaba las categorías de damas y caballeros. Por orden de jerarquía marchaban en fila primero las ricas hembras, detrás y también según las categorías, los caballeros, siendo el último el dueño de la casa. En estos casos eran frecuentes los disgustos y se suscitaban cuestiones que terminaban en desafíos, y para evitarlos se decidió que cada caballero acompañara á una dama, la cual se apoyaba del brazo del galán.

Durante mucho tiempo fué costumbre llevar á la dama del brazo izquierdo, con objeto de conservar libre la mano derecha y poder manejar la espada en su defensa.

Cuando á una señora se le cae un objeto al suelo todo caballero debe inmediatamente recogerlo y entregárselo á su dueña. Esa costumbre data desde principios del siglo XVII, pues las mujeres, por el traje especial que llevaban y el duro corselete, no podían agacharse ni alcanzar nada que en el suelo estuviese, pero antes de esa época eran las damas las que recogían los objetos, no solamente cuando á ellas se les caían sino cuando se les iba de las manos á algún caballero, porque éstos, metidos en su armadura, estaban imposibilitados á hacerlo.

Desde esa época las mujeres han venido usando meriñiques, corsés y otra porción de cosas, y la galante costumbre de servir las en estos menesteres ha quedado implantada.

La costumbre del beso es de muy obscuro origen.

En Oriente, desde tiempo inmemorial existía la de besar el borde de la túnica y los pies, pero el beso en la cara, y especialmente en la boca, es de origen europeo y se cree fueron los godos los que lo introdujeron como protesta activa contra la costumbre de humillarse besando túnicas y pies.

Cuando se empezaron á usar las inmensas y abandonadas golas, el beso se hacía difícil y para no prescindir de tan agradable costumbre ya que el ósculo era casi imposible en la cara, se alargaba la mano por debajo de la gola y la besaban. De ahí nuestras fórmulas de beso á usted los pies, y beso á usted la mano.

Entre las curiosas costumbres que quedan entre nosotros de otros tiempos es el uso de los inútiles botones

en la cintura de fracs, levitas y chaquets y el de los de las bocamangas en las prendas masculinas. Los botones en la espalda los llevaban en las casacas para sostener el cinturón del sable. Los botones en la bocamanga son modernos. Federico el Grande los mandó poner á sus soldados por primera vez.

En aquellos tiempos los soldados no usaban pañuelo moquero, y solían limpiarse las narices y el sudor con la manga ó en ellos los dedos, y para evitarla, el gran rey de Prusia llenó de botones las bocamangas de sus soldados.

La costumbre de darse la mano es más antigua y es un signo de paz. Evidentemente el hombre que alarga la mano y la presenta abierta sin arma alguna no viene con intención de

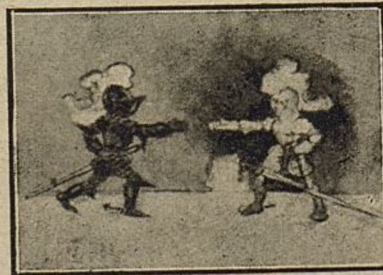


lucha y para mostrar mayor amistad se alargaban las dos abiertas, brindando la paz y como entregándose confiadamente en el otro.

Muchas de las que llamamos ahora buenas formas, tuvieron su origen en hombres que distaban mucho de ser caballeros y en mujeres que no se las podía llamar damas.

El abrazo, costumbre universal, es un signo de afección de la más antigua procedencia; la Biblia nos habla del patriarca Jacob, dando abrazos; con abrazos recibieron á Ulises á su regreso después de sus correrías, y Confucio lo hace obligatorio, como precepto religioso para las personas que regresan al hogar después de larga ausencia.

El brindis y el chocar los vasos es también antiquísima costumbre é in-



dicaba paz, bienvenida y felicidad. Se dice que la costumbre de chocar los vasos antes de beber se impuso

con objeto de que todos los sentidos gozasen al beber.

Es indudable que el gusto toma parte activísima y ningún otro sentido experimenta tanta satisfacción como éste. El olfato, no se diga; los buenos bebedores además de paladar el líquido lo huelen, olfatean el rico aroma antes de beberlo, es decir, lo beben por la nariz antes de engullirlo.

Ver chispear el champagne que uno se ha de beber, contemplar el dorado jerez, ver como brilla y se descompone la luz al atravesar el líquido topacio de una copa de manzanilla, es un placer innegable para la vista del bebedor.

El tacto, desde luego, toma parte en las libaciones. El vino frío en verano, una copa de Borgoña templada en toda época, procuran una agradable sensación al sentido del



tacto, aparte de lo que se recrean los dedos cogiendo y manoseando una

copa de fino cristal con aromático licor.

El gusto, el tacto, el olfato, la vista, todos ellos tomaban parte en el acto de beber, todos se llevaban lo suyo y se complacían en el acto; sólo el sentido del oído quedaba desairado sin que tomara parte alguna: sin participar del placer del trago.

Entonces, parece ser que se le ocurrió á uno el chocar las copas para que el papel del sentido del oído no fuese tan desairado.

"Si non é veso é ben trovato."

En tiempo de los romanos ya se usaba el beber á la salud de una persona y según Marcial, en tiempos de César, era costumbre beber á la salud de la mujer amada tantos vasos de vino de Falerno como letras tenía su nombre. ¡Brindo, pues, á la salud de Crescencia, María del Guadalupe, Nabucodonosora, que así se llama la mía.

LA LEYENDA DE LA QUINTA

¡Traidores hombres!

En sitio frondoso y sano levantó Rogelio Pinta una hermosísima quinta para pasar el verano.

Era la finca citada, por su construcción severa, una quinta de primera... ¡aunque esto huele á charada!

Murió de una insolación, Rogelio poco después, y pasó á su hija Inés la espléndida posesión.

Inés era joven, bella, apasionada y vehemente,

hasta la pared de enfrente... ¡ó quizá más allá de ella!...

Sola y triste allí en verano, —¡verano feliz aquel!— se enamoró de un doncel que cazaba por el llano.

Buscó ocasión adecuada para que el galán la viera y en la entrevista primera ya no se ocultaron nada.

Desde aquel bendito día el gallardo cazador, por departir con su amor al mismo sitio acudía.

Y á la afición venatoria, que quedó eclipsada al punto, siguió el afán de estar junto á aquel pedazo de gloria.

Tanto, que en sus excursiones, yendo como iba á cazar,

solía en casa olvidar escopeta y municiones.

Aquella pasión ardiente fué al principio ideal, pura, como sueño de ventura, como todo amor naciente.

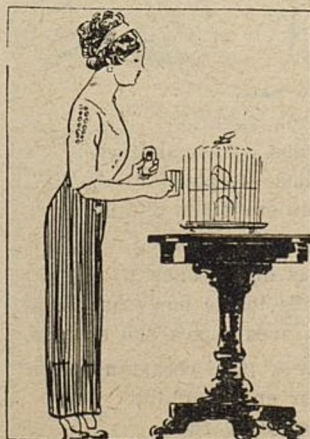
En deliquios de amor fiel, promesas y juramentos ¡qué deliciosos momentos, no tendrían ella y él!...

Pero la materia insana con tanta dicha acabó, porque el mozo la jugó una partida villana.

Y un día, previo un abrazo que enloqueció á la Inés Pinta, entró el muchacho en la quinta... ¡de aquel mismo reemplazo!

PÍO GRACO

Cosas de la mujer moderna.



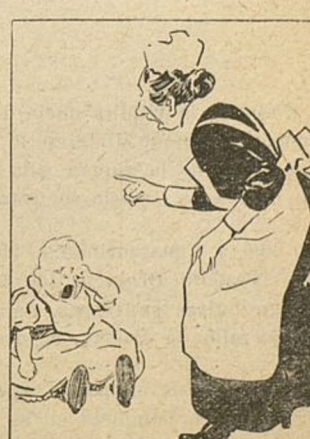
Da de comer al canario.



Saca al perrito de paseo.



Riega sus flores.



Y su niño al cuidado de la criada.

Ayuntamiento de Madrid



En busca de marido



Era hombre á la moderna, muy fino y educado, Occidental del todo; del todo europeizado, Rumboso, muy galante, que á la viuda le hacía Magníficos regalos, un día y otro día.

—Ese hombre le conviene, acéptele de lleno— Le decía la gente—, es un hombre muy bueno. Ella estaba en sus dudas, pero tenía ley Al arrogante mozo, y espléndido Hasan Bey.



Dudando la viudita hacia donde se iría, Pensó de sopetón dirigirse á Turquía, Y á pesar de la guerra, allá en su capital, No habría de pasarlo seguramente, mal.

Llegó á Constantinopla, vió aquella maravilla Que presenta Bizancio, la pintoresca villa De mezquitas suntuosas, de hermoso cielo azul, El Serrallo, la Puerta, la preciosa Estambul.

El cónsul de su patria al saber su llegada, Ofrecióla un banquete en su hermosa morada, En donde conoció á Hasan Bey, gran señor Que al momento á la viuda le declaró su amor.

Un día recibió no esperada visita. De cinco damas turcas, todas en comandita, Y todas le rogaron se dignase aceptar La mano de Hasan Bey, que era digno de amar.

Otro día llegaron, no ya cinco: docenas. Con la misma misiva, y les dijo apenas Las vió entrar: ¿Qué interés tenéis por esas cosas? —Un interés muy grande; pues somos sus esposas.

—¡Horror!—dijo la viuda—. ¿Qué cosa tan bonita! Yo no acepto, señoras, amor en comandita, De ninguna manera, os digo de verdad, Me gusta, aunque es de moda, la mancomunidad.

FERS



LA BELLA MERCEDES

Novela adaptada del inglés, expresamente para "LOS SUCESOS"

al público, y cuando oyó la respuesta, dijo á su caballo:

—¡Aprieta mucho, que ya es nuestro!

Era excelente jinete, venía rígido, pegado á la silla, formando un solo cuerpo con el caballo, que sintiendo flojas las riendas y animado por la voz del dueño, se acercaba galopando airosamente.

El viento inflaba la chaquetilla del gaucho, y por debajo de ella, el extremo de su faja de colores, tremolaba como una banderola.

El jinete, que como los otros empuñaba una lanza de palo, tenía la vista fija en el arco.

Eligió su cinta, espoleó su cabalgadura, se levantó sobre los estribos, levantó la lanza apuntando á una sortija y caballo y caballero, pasaron veloces como el rayo por debajo del arco de ramaje.

Carmelo salió victorioso: en la punta de su lanza, flameaba una cinta roja.

Seis veces repitió la suerte, y seis veces se presentó ante el jurado con una cinta en la lanza.

Cada vez que el joven gaucho pasaba bajo el arco y ensartaba una sortija, la suerte era celebrada por intensa gritería de vivas, bravos y aplausos.

Ya sólo quedaba una cinta, pero como ninguno de los competidores había logrado coger en su carrera más de tres, desistieron de luchar y la última cinta quedó abandonada en el arco.

Carmelo se separó del Jurado anunciando, que él sólo la correría, y en la primer carrera, salió con la séptima cinta, que levantó en alto y regresó á la tribuna de los jueces.

Fué declarado vencedor entre los placemes de los allí presentes y el clamoreo de la multitud, de todo San Ramón y forasteros de los ranchos de los alrededores.

El vencedor saludaba á los espectadores con el ancho sombrero en la mano, sacudiendo con el ala, el polvo que cubría sus botas.

Carmelo fué conducido á presencia de la Reina de la fiesta.

Mercedes dió un paso, llevando del diestro el hermoso caballo, enjaezado primorosamente, con silla y estribos recamados de plata; y al entregárselo, le dijo:

—Muy bien, perfectamente; está bien ganado, y tengo un gran placer en entregárselo.

Carmelo, que no había levantado la vista del suelo, clavó en ella sus ojos un solo instante y no quiso ó no pudo contestar.

Ni siquiera dió las gracias.

—Le felicito, joven—dijo D. Emi-

lio, que se hallaba al lado de su hija, con voz campanuda, dándole una palmadita en el muslo para hacerse amable.

Sabía que dentro de poco tendría necesidad de toda aquella gente, y quería hacerse simpático, para obtener sus servicios.

Sobre todo, Carmelo había demostrado ser un buen jinete y tenía dos caballos. Convenía, pues, conquistarle; así es que siguió prodigándole alabanzas.

Carmelo, como si le hubieran puesto una mordaza, no decía palabra. Miró con dureza á Ortega, y sin romper su mutismo, picó espuelas, dió media vuelta y se fué con sus dos caballos.

No se le volvió á ver en todo el día.

Ya era de noche cerrada. La luna había desaparecido hacia un buen rato, cuando apareció Carmelo cabalgando, conduciendo el otro caballo de la brida.

Seis hombres, montados en sus mejores caballos, le seguían camino de los alfalfares.

La pequeña cabalgata marchaba en silencio, apenas hablaban; y las palabras sueltas que de vez en cuando pronunciaban era en voz tan queda, que más se notaba por la inclinación de los cuerpos de los interlocutores al acercarse que por el sonido de la voz.

Estribos y espuelas iban envueltos en trapos, para evitar todo ruido al chocar, y los caballos llevaban de igual manera envueltos los cascos.

Después de andar no muy largo trecho, Carmelo dijo:

—Ahora regresemos.

Volvieron grupas; cambiaron de dirección y se dirigieron en la obscuridad hacia las cercas traseras del Hotel Nacional.

A los pocos minutos, los siete individuos hacían alto junto á la tapia del jardín del hotel.

—Vosotros — dijo Carmelo á sus compañeros —, me esperáis aquí; yo solo entraré y me las arreglaré, que conozco el camino.

Entregó las riendas de los caballos á uno de los de la escolta y, apartando unas matas, entró por el portillo de la tapia y desapareció bajo las parras.

La parte alta del hotel estaba silenciosa. En el patio, en la cantina y en el café había gran algazara. Se hablaba de política; se lanzaban al aire cohetes, regocijo indispensable en toda clase de fiestas, y se bebía mucho y con frecuencia; más que de costumbre, pues el cantinero había recibido orden de servir gratis cuanto se pidiera.

arrollada la cinta. El premio para el que más cintas cogiera en el caballo, regalo de la señorita Mercedes.

Al lado del arco se alzaba una tribuna destinada á la bella señorita de Ortega y parientes.

A la hora indicada, llegó, elegantísima, resplandeciente de belleza, y cuando se sentó en la jurisdicción de la tribuna, una salva de aplausos, vivas y bravos aclamó su hermosura.

Carmelo al verla creyó que era la mismísima Virgen en persona que llegaba á San Ramón, abandonando la mansión celestial; quedó anonadado ante tanta belleza y haciendo un esfuerzo, sobreponiéndose á la intoxicación que tanta hermosura le causara, manejó su caballo y fué á colocarse en la línea que formaban los competidores.

Mercedes no le había visto, y en su cara se notaba un gesto de desagrado é impaciencia.

Eran muchos los jinetes y Carmelo que ocupaba uno de los puestos traseros, no podía ser visto desde la tribuna.

Se dió la señal, y el primer jinete partió.

Más de veinte gauchos habían atravesado el arco.

Mercedes seguía ceñuda.

De repente vió que se acercaba á escape un joven moreno, de barba negra, esbelto y airoso. Se colorearon sus mejillas, brillaron sus ojos y una sonrisa se dibujó en su divina boca.

Había reconocido á Carmelo.

—¿Cuántas cintas van?—preguntó á uno de los que tenía á su lado.

—Sólo dos, señorita — contestó uno.

La misma pregunta hizo Carmelo

En un cuarto aparte, cerca del café, don Emilio Ortega, el Coronel y unos cuantos cabecillas de la futura revolución fumaban, bebían mosto y aguardiente y daban los últimos toques al plan de campaña que se habían trazado.

Acacaban de firmar el decreto ordenando la movilización de la Guardia nacional departamental.

En el piso principal de la casa, la señora de Ortega rezaba en su cuarto, cabeceando y pensando en el desencanto de la noche ante como en el Ave María que ensartaba.

En el cuarto contiguo, Mercedes, recostada en un diván, meditaba.

No había más luz en la estancia que el pálido claror de las estrellas que por el balcón entraba.

De repente la puerta del cuarto se abrió y un hombre penetró decidido.

Mercedes reconoció al momento á Carmelo y se puso de pie.

Quiso gritar, pero la boca del joven gaucho oprimió sus labios. Quiso rechazarlo, pero sus brazos no la obedecieron. Por impulso natural, instintivo en un raptó de amor, respondió al beso con el beso, al abrazo con el abrazo.

Luego perdió el sentido y cayó desplomada al suelo. Carmelo la cogió en brazos, la envolvió en su poncho y por corredores á aquella hora desiertos buscó la escalera del zaguán, llegó á la huerta, la atravesó veloz y llegó al portillo donde sus compañeros le aguardaban.

Seguía la algazara y el alboroto en la planta baja. D. Emilio y los jefes revolucionarios se apretaban las manos dando por terminada la sesión y sellando el juramento con abrazos cuando llegó á sus oídos inusitado griterío.

—¡La señora pide socorro!—exclamó una voz.

Como "La Señora" no podía ser otra que la de Ortega, todos subieron volando á las habitaciones del primer piso.

Algunos criados estaban ya allí, pidiendo luz.

Cuando llegaron con quinqués y velas, vieron á la madre de Mercedes desvanecida.

Al poco rato volvió en sí, y contó que habiendo oído ruido extraño en el cuarto de Mercedes, entró, y en aquel momento vió que un hombre con un bulto en los brazos, huía rápidamente; pidió auxilio, el pavor se apoderó de ella y perdió el conocimiento.

—¡La han robado — exclamó —, han robado mi Mercedes!

▲ todo esto, todo el hotel estaba

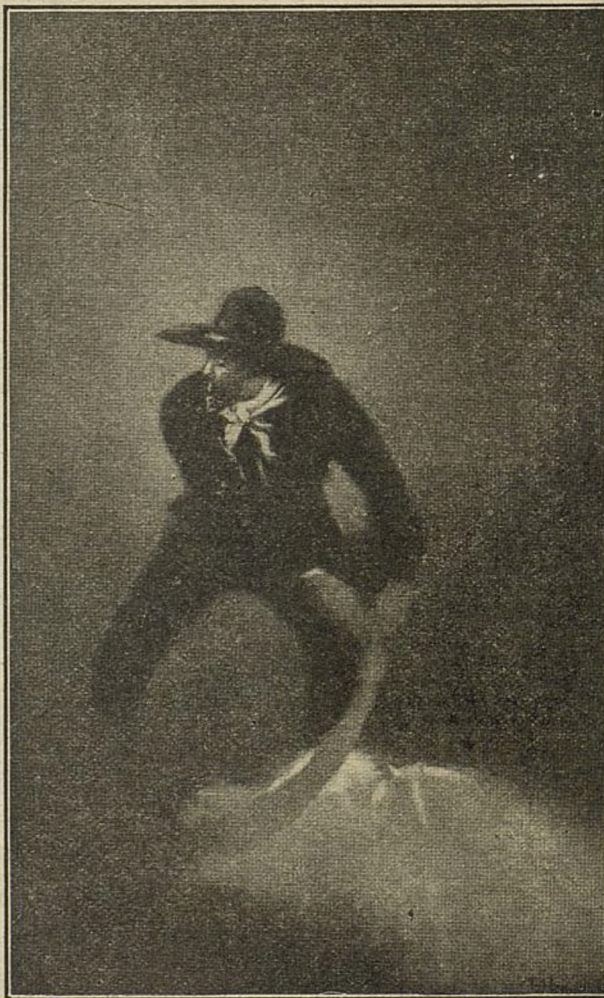
en confusión. Los que no se habían enterado de lo ocurrido, se figuraban que ya había estallado la revolución.

Empuñaban revólvers y carabinas y corrían de un lado para otro como locos, indagando la causa del tumulto.

Los señores de la Junta revolucionaria, recorrían los cuartos llamando á Mercedes. La madre lloraba y el padre estaba pálido como un cadáver.

Al cabo de algún tiempo, se llevó las manos á la cara y repitió las palabras de su mujer:

—¡Me la han robado! ¡Me la han robado!



En aquel momento, Carmelo se reunía á sus amigos, que silenciosos esperaban ocultos tras de la tapia.

Mercedes había vuelto en sí, y de vez en cuando forcejeaba suavemente.

—Amigo Carmelo—objetó uno de los presentes, acercándose para verlo que entre los brazos traía—, me parece que esto no es lo que teníamos que robar.

—Vosotros os calláis, que yo sé lo que me hago—replicó Carmelo—, yo he venido por esto y esto traigo. Y ahora escuchad lo que por allí pasa—dijo, señalando el hotel—. Dentro de poco los tenemos aquí. Con que arreando, y cuanta más dis-

tancia y tiempo ganemos, tanto mejor.

No era necesario prestar mucha atención, para percibir el ruido que en el Hotel Nacional había, ruido que cada vez era mayor y más perceptible.

Ya estaban en la huerta, se oían voces, así es que sin perder tiempo Carmelo montó á caballo, los otros le ayudaron á colocar su preciosa carga entre sus brazos y todos partieron á escape.

Uno de ellos dijo en alta voz á los otros:

—Después de todo nosotros no tenemos que hacer sino seguirle; él se ha encargado de hacerlo, él explicará á su madre lo que ha hecho.

Todos le siguieron al galope.

Por silencioso que todo lo hicieron los raptos, el ruido del galope de los caballos no pudo pasar desapercibido á oídos de hombres tan acostumbrados á rastrear.

El coronel montó á caballo y ordenó á los que le acompañaban que hicieran lo mismo y se dispusieran á salir en persecución de los fugitivos.

Emilio Ortega después de encomendar la persecución de los raptos de su hija al coronel, regresó al hotel para atender á su mujer.

La revolución que había planeado se desmoronaba desde sus cimientos.

En su cerebro bullían las ideas políticas; en su corazón se desencadenaba una tempestad que le hacía latir con violencia.

El amor de padre se sentía herido con ancha herida que llagaba toda su alma.

Cerca de las montañas, en un estrecho desfiladero por donde corría el Atuel, galopaban varios jinetes. Eran los perseguidores, D. Emilio y acompañantes.

Había pasado una semana desde que ocurrieron los acontecimientos que acaba-

mos de narrar. Seguían la dirección del Cerro Nevado.

Un gaucho, conocedor de aquellos caminos iba en primer lugar y á poca distancia Ortega le seguía cabizbajo, triste y ceñudo; el coronel cabalgaba á su lado. Detrás una escolta de una docena de hombres.

Caminaban en silencio. D. Emilio miraba disgustado aquella campiña; la memoria se transportaba á algunos años atrás y por aquellos andurriales Ortega veía sus antiguas fechorías manchadas de deyección, vergüenza y sangre. Sufría con la vista de aquel paisaje.

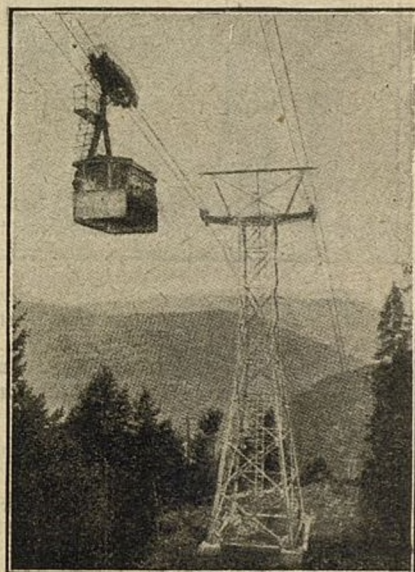
El otro, el coronel, también iba malhumorado.

COSAS RARAS Y NUEVAS

Acaba de construirse en el Tirol, Austria, un curioso ferrocarril aéreo que arranca de un puente sobre el río Eisack y va hasta la cúspide del monte Banes-kohlern.

FERROCA- RRIL AEREO

La diferencia de nivel entre ambos puntos es de unos novecientos metros y la distancia que separa las dos estaciones es de muy cerca de



dos kilómetros. Cada uno de los vagones puede llevar a la vez dieciséis personas y van provistos de frenos y de toda clase de comodidades. Hacen de vía fuertes cables dobles de acero y otros dos del mismo metal sirven para la doble tracción.

Doce pilares de hierro separados 150 metros uno de otro sostienen el peso de la vía y de los vagones.

Un ingeniero industrial de Munich ha inventado un aparato para avisar a los reñenes de bomberos en caso de fuego.

El aparato está al aire libre, en las calles y plazas céntricas y para llamar es necesario romper un cristal que forma la tapa del mecanismo.

Hasta aquí nada tiene de particular, pues hay muchos por el estilo, pero el invento del ingeniero bávaro tiene la particularidad de que el que da el aviso queda prisionero en el aparato y no se ve libre hasta que llega un policía y con una llave le suelta.

El invento tiene por objeto como podrá comprenderse, el castigar a los guasones.

Un habitante de Fort Worth, Texas (Estados Unidos), tiene puesto todo su orgullo en su fuerte dentadura. Es el único en el mundo, según

él dice satisfecho, que posee dientes y encías de hierro colado. La plancha y los dientes están fundidos en una sola pieza y este encanto de aparato masticante artificial pesa cinco onzas.

Cualquiera le mete el dedo en la boca para ver si es tonto.

Con motivo del Congreso Internacional de Higiene celebrado últimamente en Washington, una sociedad filantrópica, publica una curiosa estadística con las sumas

que anualmente gastan los norteamericanos.

Hela aquí:

Para la vida.—Alhajas, 4.000 millones de pesetas; automóviles, 2.500; caridad, 1.250; Pasteles, dulces y golosinas, 1000; bebidas diversas, 600; Té y café, 500; vestidos y modas, 450; medicinas, 400; misiones religiosas de Oriente, 60. Total, 10.760 millones de pesetas.

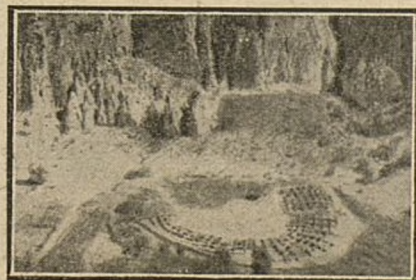
Para vicios.—Inmoralidad y enfermedades secretas, 15.000 millones de pesetas; Alcohol y licores, 10.000; tabaco, 6.000. Total 31.000 millones de pesetas.

Las ruinas de Tinonyi, en el río de los Frijoles, en Nuevo México, son

HABITACIONES PRE- HISTORICAS

Nuestra fotografía representa un semicírculo de ruinas, que es la entrada de una Kira ó habitación subterránea.

La Escuela de Arqueología de Santa Fe trabaja entre esas ruinas, recogiendo huesos humanos y reconstituyendo



do esqueletos y habitaciones de los tiempos prehistóricos, descubriendo la original arquitectura de una raza que contenía habitaciones subterráneas donde vivían en comunidad. Algunas de las casas, tenían hasta mil habitaciones, todas ellas sólidamente edificadas.

Dos buenos disparos, en efecto, podemos apreciar en el adjunto grabado. El del cazador al matar a vuelo un faisán, lo cual, sin ser extraordinario, no deja de ser un buen disparo, y el otro el del fotógrafo, que ha sabido colocarse tan bien para disparar á tiempo su objetivo y obtener tan preciosa instan-

DOS BUENOS DISPAROS



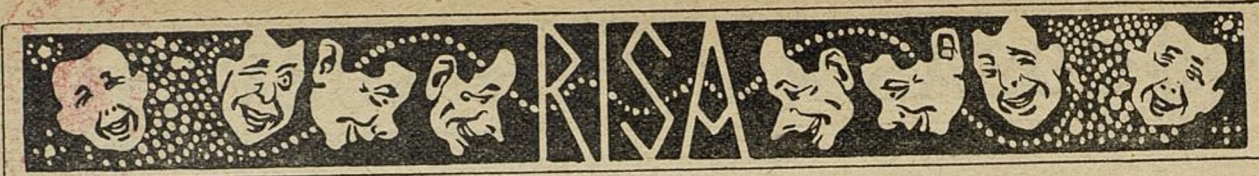
tánea sin recibir una perdigonada. Dejemos á nuestros lectores que se imaginen la destreza del fotógrafo.

En el Hospital de Oldham, se ha hecho una admirable operación quirúrgica en el paciente, William Cropper, á quien se le había metido en el ojo, trabajando en un taller, una astilla de acero de centímetro y medio de largo.

Para no dañar el ojo, el pedazo de acero, fué extraído con un poderoso imán, y gracias á esa sencilla y curiosa operación, el enfermo no ha perdido el ojo.

Aunque suponemos á nuestros lectores bastante versados en geografía, por ser de oportunidad, recordaremos que la península balcánica, teatro de actual guerra, la forman la Turquía de Europa con Macedonia y Albania, y los reinos de Bulgaria, Rumelia Oriental, Servia, Montenegro y Grecia.

Un cartero que acaba de morir en Windor, á la edad de ochenta años, aseguraba que había andado en su misión de repartir correspondencia, la friolera de 363.840 kilómetros.



El barbero á un nuevo cliente que es un notable violinista:

—Creo, caballero que deberíamos cortaros el pelo un poco más corto, porque sino va á parecer usted uno de esos rascatripas...

COLMOS

El de una modista:
Reformar las faldas del monte Arruit (Melilla).

El de un albañil:
Tirar la casa por la ventana.

El de un tartamudo:
Hablar por los codos.

El de un curtidor:
Curtir la piel de una cebolla.

El de un barbero:
Afeitarse la barba del papel de hilo.

El de un pescador:
Pescar una "merluza" en seco.

El de un imitador:
Hacer el oso.

El de un óptico:
Construir unas gafas para los ojos de un puente.

El de un ortopédico:
Hacer un corsé para un Cuerpo de Guardia.

El de un peluquero:
Pelar la pava.

El colmo doble de una modista:
Hacer una blusa con tela de araña, cosiéndola con hilo del telégrafo.

El de un literato:
Escribir una obra en cuartillas de vino.

El de un pescador:
Pescar con red telefónica.

Heriberto VEGA POLO

PASATIEMPOS

INTERCALACION
por
Heriberto Vega Polo.

Fruta
parecida á la uva

Pronombre
relativo

Intercalando convenientemente un significado en el otro, resultará un conocido nombre de mujer.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Al Anagrama enigmático toreril:
CISNE-TITAN-NUBIO-CEFE-O-H VEGA DQRUION. Estas letras, combinadas, expresan:
Rufino San Vicente "Chiquito de Beña".

A la "Apócope":

(Sin copas) SINCOPA.

A la transposición de letras:

DOROTEA.—TE-A-DORO



—¿Qué has hecho con el cerdo que le robaste á Colás?

—Matarlo y comérmelo.

—Desgraciado, ¿qué dirás el día del Juicio cuando te encuentres enfrente del Señor con Colás y el cerdo, causa de tu condenación?

—Pues le diré: ¡Colás, ahí tienes el cerdo que te robé!



—Me han dicho que vivís en paz, que en vuestra casa jamás tenéis una palabra más alta que otra.

—Nunca, señor, mi mujer es completamente sorda y yo no oigo una palabra...

EN EL CAFE

Rafael Gómez "Gallito", se encuentra en un café, y entran sus amigos y admiradores.

Uno de ellos le dice:

—¡Hola, "Gallito"! Ya sé que das pinchazos, estocadas, bajonazos, gotetazos, pero no des... cabello.

J. PEREZ.

SOLUCIONISTAS

Blas Pajares González, Mesa de los Pinos; Juan Guarro, Barcelona; Antonio Palacios Guinea, Madrid; Benito Valles Tros, Barcelona; José Cortés Villalva, Madrid.

CONTESTACIONES

D. J. I. J. Madrid Envíelos si no son muy largos.

PUBLICACIONES

Gloria de la Prada "Mimi", la poética y sentimental cantora, acaba de publicar un encanto de libro, una novela de amor que titula "El ensueño se mete en casa", libro triste, libro verdad, libro bellísimo, en una palabra, que procura unas horas de amenísima lectura, que domina, que subyuga, que no se puede dejar de la mano una vez empezado.

Hállase de venta en la imprenta de "Alrededor del Mundo", Caños, 8, y en las principales librerías. Precio: 3 pesetas.